

PASCUA

Hans Kwakman msc

En el momento de escribir esta reflexión, todavía estoy en Cuaresma y preparándome para la celebración de la Pascua o el tiempo de Pascua. El tiempo de Pascua se extiende desde el Domingo de Resurrección hasta el Domingo de Pentecostés inclusive y se inicia el Jueves Santo y el Viernes Santo. Jueves Santo, Viernes Santo, Domingo de Resurrección y Domingo de Pentecostés pertenecen juntos a una celebración integral del evento central de nuestra salvación. Cada uno de estos días destaca una dimensión especial del mensaje central de nuestra fe cristiana, a saber, la revelación del amor de Dios en Jesucristo y el Espíritu Santo.

Cuando hablamos del amor de Dios, no nos referimos tanto a un sentimiento especial en Dios como "Dios te ama". - eso también es cierto - pero hablar del amor de Dios significa sobre todo el don de Sí mismo a la humanidad, independientemente de la respuesta humana. Dios no solo nos da su bendición de vez en cuando, y a veces responde a nuestras oraciones. Más que eso: en Jesucristo y el Espíritu Santo, Él se da a Sí mismo. Eso significa que, en todas las circunstancias de la vida, Dios es solidario con nosotros. Él siempre está disponible para nosotros cuando le invocamos. Él permanece fiel a nosotros incluso cuando le somos infieles. Expresamos esto diciendo que la entrega de Dios a nosotros es incondicional. También podemos decir que el corazón de Dios siempre permanece abierto para nosotros, incluso cuando cerramos nuestro corazón al amor de Dios.

Una clara expresión de la entrega incondicional de Dios la vemos en el amor de los padres por sus hijos. Los buenos padres permanecen disponibles para sus hijos, incluso si estos últimos siguen un camino en la vida que causa dolor a los padres. Y cuando el día de su boda las parejas se prometen fidelidad "hasta que la muerte nos separe", están celebrando un sacramento, un claro signo humano de la entrega incondicional y la fidelidad de Dios.

Durante la temporada de Pascua celebramos que Dios, en la persona de Jesucristo y el Espíritu Santo, se da a Sí mismo y quiere que haya una solidaridad duradera con nosotros. El Jueves Santo, en el punto culminante de la Última Cena, Jesús dice: *"Este es mi cuerpo entregado por vosotros. Haced esto en memoria de mí"* (Lucas 22:19). Así, revela el sentido de su muerte en la cruz cuando, el Viernes Santo, se entrega al Padre diciendo: *"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"*. (Lucas 23: 46), mientras se sacrifica en solidaridad con nosotros, seres humanos vulnerables. Las palabras pronunciadas en la Última Cena, *"Haced esto en memoria de mí"*, nos instan a hacer lo mismo, para que nuestra vida y nuestra muerte también se conviertan en un don de nosotros mismos al Padre y a los demás.

El Domingo de Pascua celebramos que Dios acepta el don de Sí mismo de Jesús, levantándole de entre los muertos y dándole la bienvenida a la comunidad de amor del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Según el evangelio de Juan, el domingo de Pascua Jesús se entrega a todos compartiendo el Espíritu Santo con nosotros, representados por sus discípulos: *"Recibid el Espíritu Santo"* (Juan 20:22). Al permitirnos participar de los dones del Espíritu Santo, Jesús nos acoge también en la comunidad de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, esa fuente inagotable de amor, que difunde el amor en todo el mundo y entre todas las generaciones.

El Domingo de Pentecostés celebramos que Dios se nos da a través del Espíritu Santo. En este día, el Espíritu Santo se derrama en nuestros corazones. Nos enriquecen los dones de "*amor, gozo y paz, tolerancia, amabilidad y bondad, lealtad, humildad y dominio de sí mismo*" (Gálatas 5: 22-23). Estos dones del Espíritu Santo le capacitaron a Jesús para estar totalmente disponible para aquellos que lo necesitaban. Incluso ahora, como el Señor resucitado, que vive entre nosotros, sigue guiándonos y fortaleciéndonos a través de los dones del Espíritu Santo. Los mismos dones que nos capacitan para estar siempre disponibles: padres para sus hijos, parejas entre sí, cuidadores para quienes están confiados a su cuidado, todos nosotros para nuestros seres queridos, pero también para el extraño que se cruza en nuestro camino.

El tiempo de Pascua es un tiempo de alegría y acción de gracias, porque Dios Padre ha enriquecido nuestra vida con el don de Sí mismo, el amor de su Corazón a través del Corazón de Jesucristo y la poderosa presencia del Espíritu Santo. Incluso durante la pandemia mundial de COVID19 que ahora nos golpea, el Espíritu Santo está actuando en cada uno de nosotros, para que podamos permanecer fieles a nuestra vocación como personas casadas o no casadas y estar disponibles para quienes nos rodean, que necesitan nuestra presencia o nuestra ayuda. Les deseo a todos un feliz y bendito tiempo de Pascua.